



CAPITULO VII.

CONSULTA.

Hemos dicho ya que á pesar de esa necesidad de amor que Edmundo experimentaba desde algun tiempo hacia, aun no habia amado; es que, para depositar el aroma purísimo de su amor deseaba un vaso puro tambien. Muchas mugeres jóvenes y bonitas, lo repetimos, habian pasado ante sus ojos, pero ninguna le habia producido un efecto tan rápido como Antonina.

Para él, hombre de impresiones inmediatas, aquella rapidez era decisiva.

Edmundo llegó á la calle de *Lille*, y lleno de emocion, como debe suponerse, llamó á la puerta del doctor.

Un criado vino á abrirle.

—¿El Señor Devaux? preguntó

—Está en una consulta, respondió el criado; pero si vd. tiene la bondad de aguardar algunos momentos en el salon, vendré á anunciarle á vd. cuando el señor doctor pueda recibirlo.

Edmundo entró al salon, que era una pieza estensa, fria, amueblada, como se usaba en tiem-

po del imperio, con enormes vidrieras color de plomo, cubiertas con cortinages imitando los de *Boncher*.

Un relox de mesa, representando á Sócrates con la copa de cicuta en la mano; candelabros con piés de leon; sillones cuyo respaldo terminaba en cabezas de esfinge; cuadros con grabados, como Belisario, Homero, é Hirpócrates rehusando los presentes de Artaxerxes; un canapé y cogines bordados á mano, sin duda por la señorita Devaux; su armatoste cubierto de libros; un maceton color de bronce; un consol entre los dos balcones, y otro semejante en frente en medio de dos puertas; el primero con dos enormes caracoles y chupamirtos disecados sobre una rama de árbol imitada, y el segundo sosteniendo á un grupo de yeso representando á Apolo y sus hermanas, y una alfombra de flores, formaban todo el mueblage de la pieza donde se hallaba Edmundo; mueblage riguroso y tradicional, como se ve.

Reinaba una profunda tranquilidad en aquel salon. Se hubiera adivinado al verlo, que no era frecuentado mas que por personas graves, que al salir dejaban allí como una especie de atmósfera de solemnidad y de ciencia.

En los primeros momentos, Edmundo tuvo esperanzas de que Antonina, ora por casualidad, ora por curiosidad, se presentaría, pero ningun ruido oyó ni vió á nadie. Sin embargo, tenia

un especie de convencimiento instintivo de que alguna de las dos puertas que se hallaban á su derecha é izquierda al entrar al salon, daba al aposento de la jóven y que ésta se encontraba á la sazón en él.

—No sabe que el que la siguió ayer, está hoy tan cerca de ella, pensaba Edmundo.

Pero en esto se engañaba, porque Antonina, que, la víspera lo habia visto entrar á la casa y que no dudaba se hubiera informado de ella con la portera; Antonina, decimos, desde aquel momento habia hecho que la dieran la descripcion de todas las personas que iban á ver á su padre.

Apenas haria dos minutos que Edmundo estaba allí, cuando la señorita Devaux lo sabia, y se aseguraba mirando hácia la sala por el agujerillo de la cerradura de su puerta.

—¿Qué vendrá á hacer aquí este jóven? pensaba ella, y varias veces se la ocurrió abrir su puerta, para ver qué efecto producía en él su vista; pero no se atrevió.

Haria diez minutos, poco mas ó ménos, que Edmundo esperaba, cuando el criado vino á avisarle que el señor Devaux se hallaba solo.

Con el corazón ligeramente conmovido entró el jóven al gabinete del doctor, adornado con un enorme bufete, con varios estantes de libros, un busto de Hipócrates, una esfera, una mesa con instrumentos de cirugía, dos sillas, un si-

llon forrado de cuero, sobre el cual se hallaba sentado el Señor Devaux, un cajón lleno de papeles inútiles, un reloj de palo de rosa, dos copas de la misma madera y una de esas figuritas destinadas para colocar el reloj de bolsa. Una multitud de cartas se miraban esparcidas sobre el bufete.

El señor Devaux estaba vestido con una ancha bata de color oscuro, en cuyo último ojal se veía el listón rojo de la Legión de honor.

Cuando Edmundo entró, el doctor dejó la pluma con que escribía; hizo sentar al recién venido con un ademán, cruzó su pierna derecha sobre la izquierda, puso una de sus manos sobre la rodilla mientras que con la otra se colocaba bien sus anteojos; saludó á Edmundo después de haberlo mirado por un instante, como quien estudia el carácter de una persona, y le dijo:

—Caballero, ¿puedo serle útil á vd. en algo?

—Señor doctor, contestó Edmundo un poco turbado, no tengo el honor de ser conocido de vd....

—En efecto, señor, no he visto á vd. nunca.

—Pero sí vd. no me conoce, la gran reputación de vd. sí me es conocida á mí, y he aquí el motivo por qué me atrevo á venir á ver á vd....

El señor Devaux hizo una caravana, y dijo:

—¿De qué se trata?

—De una cosa muy sencilla, señor: estoy en-

fermo, ó mejor dicho, indisplícite, sin poder determinar ni el lugar ni la causa del mal....

El médico miró á su nuevo cliente con atención, y le preguntó:

—¿Padece vd. del estómago?

—Algunas ocasiones.

—¿De la cabeza?

—De vez en cuando.

Edmundo respondia al acaso, y solo para no quedarse callado. El señor Devaux continuaba examinándolo con su mirada fija y penetrante.

En este momento la curiosa Antonina venia á pegar su oreja á la puerta, para tratar de oír lo que se decia en el gabinete de su padre; tentativa infructuosa porque nada podia percibirse.

—Présteme vd. su mano, dijo el médico.

Edmundo se quitó el guante, y estendió su mano al señor Devaux, sin poder reprimir una sonrisa, al pensar cuán seriamente tomaba el doctor aquella consulta.

—¿Nunca ha padecido vd. grandes enfermedades? preguntó éste.

—No, señor.

—¿Tiene vd. catarro alguna vez?

—Suelo toser.

—¿Experimenta vd. sed frecuentemente?

—Sí, respondió con prontitud Edmundo, encantado con poder dar una respuesta verdade-

ra á aquellas preguntas que le parecian insignificantes.

—¿Tiene vd. una vida regular?

—Sí, señor.

—¿No comete vd. nunca excesos?

—Jamás.

—Tiene vd. razon. ¿Viven aun sus padres?

—No, señor; hace tiempo que murió mi padre.

—¿Sabe vd. de qué enfermedad?

—Tenia yo tres años cuando murió.

—¿No recuerda vd. ninguna de las circunstancias de su muerte?

—Ninguna.

—Su madre de vd. ¿no le ha hablado nunca de ello?

—Por el contrario, evita siempre decirme algo; me ama mucho, y cree afligirme con estas relaciones....

—¿Tiene vd. la bondad de permitirme que me asegure de una cosa? añadió el señor Devaux levantándose

—Cuanto vd. guste, contestó Edmundo.

—Quítese vd. la levita, la corbata y el chaleco.

Edmundo obedeció. Entónces el médico abrió la camisa del jóven por la aletilla, sonó dos ó tres veces en su pecho con la punta del dedo mayor, apoyó por algunos instantes su oído sobre su espalda, y le oyó respirar.

—¿Tiene vd. un sueño agitado algunas ocasiones? le preguntó.

—Sí.

—Debe vd. despertarse de tiempo en tiempo, cubierto de sudor, como cuando se ha dado una larga carrera, ¿no es cierto?

—Es muy cierto.

—¿Nunca ha escupido vd. sangre?

—Dos ó tres veces, muy ligeramente.

—¿Tiene vd. dolores de pecho ó de corazón?

—Casi siempre, al despertar.

—¿Ha informado vd. á su madre de estas ligeras indisposiciones?

—No, las he creído sin ninguna gravedad, y he temido alarmarla diciéndoselo.

—En efecto, replicó el señor Devaux, nada hay de peligroso en todo esto. Vd. tiene lo que todos los jóvenes en su edad, nada mas. ¿La posición de vd. le obliga á permanecer en Paris? preguntó despues de un momento de silencio.

—De ninguna manera.

—¿Tiene vd. algunos bienes?

—Sí.

—Pues viage vd. un poco entónces; visite vd. el Mediodia particularmente. El cuerpo y el espíritu ganan mucho con los viages que se hacen cuando uno es joven todavía.

—¿Es éste un remedio indispensable?

—No; es un consejo nada mas, pero un consejo que vale un remedio.

—Es que todas mis costumbres y mis afeciones me retienen en Paris, y mejor querria no partir.

—Quédese vd., pues, pero siga el método que voy á escribirle:

“Es preciso que este buen señor Devaux gane el precio de su consulta,” pensó Edmundo mirándolo escribir.

Quando el doctor le hubo entregado el método, el jôven le dijo:

—Espero venir frecuentemente á recibir los buenos consejos de vd., doctor, y me avergonzaria de preguntarle cuánto le debo por esta primer consulta. Tenga vd., pues, la bondad de tratarme como cliente antiguo; permitirme que le deje mi tarjeta y que venga á visitarlo á menudo. Yo deseo que nuestras relaciones lleguen á hacerse amistad algun dia.

El señor Devaux tomó la tarjeta del jôven, y la colocó sobre su bufete.

—Venga vd. muy á menudo, dijo fijando una última mirada sobre Edmundo.

Este se retiró mirando hácia todos lados, mas sin percibir á Antonina, iba lleno de contento porque habia logrado lo que deseaba; poder entrar á la casa.

Quando hubo cerrado la puerta de tras de sí, la señorita Devaux entró al gabinete de su padre.

—¿Vienes á almorzar, papá? le dijo abrazándolo.

—Sí, hija mia.

—¿Estabas en alguna consulta?

—Sí.

—¿En alguna que yo conozca?

—No.

—¿De quién es esta targeta? preguntó tomando con un lindo ademan de niña mimada, la tarjeta de Edmundo.

—Es del jóven que acaba de salir de aquí, y que venia á consultarme.

—El señor Edmundo de Péreux, calle de los Tres-Hermanos núm. 3, dijo la niña leyendo en voz alta y al parecer indiferente: ¿Y está enfermo este señor? añadió.

—Sí.

—¿Qué tiene?

—Tiene. . . que su padre ha muerto de una enfermedad de pecho, estoy seguro, y que él está, ó poco le falta, tísico en el tercer grado.

—¡Pobre jóven! murmuró Antonina volviendo á poner la tarjeta sobre la mesa.

—Ahora vamos á almorzar, querida niña, que ya me muerdo de hambre, dijo el doctor, despues de haber arreglado alguos papeles sobre su bufete.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CAPITULO VIII

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL AMOR ADOPTA TODAS LAS FORMAS.—LA COMPASION EN ALMA DE LAS JÓVENES ES UN DISFRAZ DEL AMOR.

—¡Tísico en el tercer grado! murmuraba Antonina al sentarse á la mesa, ¡y es peligroso eso, padre mio?

—Le quedarán tres años de vida, si se cuida; ménos de dos si no lo hace, respondió el médico.

—¿Y él lo sabe?

—Ni aun lo imagina afortunadamente. Nunca he visto á un enfermo del pecho sospechar que lo esté.

Esta respuesta puso pensativa y casi triste á Antonina; y aquellas sencillas palabras del médico grababan mas profundamante en su corazon el recuerdo de Edmundo, que lo que éste hubiera podido conseguir en tres meses de hacerla la corte.

Despues del almuerzo, el doctor salió para ir á visitar á sus enfermos y la señorita Devaux se volvió á su aposento con la anciana que la cuidaba, quien tomó el *Castillo de Kenilworth*, y se puso á leer en la primera página.